

la antigua y con un fuerte matiz de ascetismo. Admitía una fuerza divina con carácter panteísta, como origen y fuente de todo lo existente, que se subdividía en ocho gradaciones hasta la humanidad. El alma humana era, según esta teoría, una emanación de la divinidad, con la cual podía volverse a unir y confundir temporalmente, elevándose hasta ella, pasando por diferentes grados superiores que tenían sus centros en determinados astros.

Esta nueva teoría ofrecía la ventaja de conservar las tradiciones mitológicas como símbolos de fuerzas físicas y de verdades religiosas y morales, y presentar muchas divinidades populares como seres espirituales intermedios entre la humanidad y la divinidad. Esta última concepción aproximaba en cierta manera el neo-platonismo al cristianismo, solo que los cristianos de entonces solían mirar tales divinidades como espíritus malignos. Esta nueva escuela filosófica, y muy especialmente su noble fundador y su discípulo más notable, el célebre autor Porfirio, que nació en el año 233 y era adversario del cristianismo, predicaron la pureza de costumbres, la moralidad elevada, y hasta las penitencias y



Moneda de oro con el busto de Juliano.

La leyenda dice: FL(avius) CL(audius) IVLIANVS P. F. AVG.

privaciones, así como la veneración a las personas virtuosas, amigas de los dioses de otros tiempos y de la contemplación estática de la divinidad. Pero mientras esta escuela lamentaba el extravío de la humanidad y su caída por haberse entregado al materialismo impuro, la sublime teoría de Plotino y de Porfirio degeneró paulatinamente, en el siglo IV, en misticismo, milagrería y magia, por efecto de la influencia de Jámblico de Calcis, que murió por el año 333. Según Jámblico, siendo el alma humana emanación de la divinidad, debía existir entre ambas una comunicación a la cual sin duda servían de vehículo los seres espirituales intermedios, y esta comunicación se extendía hasta la naturaleza inanimada; de suerte que los seres privilegiados que se comunicaban con los grados de seres superiores, y por medio de estos con la divinidad, podían producir milagros. Admitido esto, no faltaron personas que pretendían estar iniciadas en la manera de comunicarse con los espíritus superiores. Era esta toda una religión cuyos adeptos veneraban y evocaban a los seres colocados entre Dios y el hombre, seres que comprendían las divinidades antiguas, ángeles y demonios, los espíritus buenos y malignos y las almas de los difuntos. Con esta religión creían los sabios neo-platónicos poder hacer una competencia victoriosa al cristianismo; y el joven Juliano la abrazó con entusiasmo, porque en el estado en que se hallaba su espíritu consideraba como hecha expresamente para él la nueva escuela religioso-filosófica, con sus misterios místicos, la magia, la conservación de los mitos venerados y con ellos el ideal antiguo de lo bello. Desde su punto de vista no pudo sospechar siquiera que esta escuela filosófica, como la religión cristiana, debía acabar de destruir lo que había quedado todavía del genio de la antigüedad, además de no estar al alcance de las masas paganas de su época. Edesio de Pér-gamo, y más todavía Máximo de Efeso, tenían encantado a Juliano; y Máximo principalmente, varón virtuoso y venerable, erudito y hábil dialéctico, no solamente le había seducido con su doctrina fantástica, sino más todavía con sus

profecías, porque le predijo que sería emperador y que volvería a erigir los altares de los dioses antiguos.

El hermano de Juliano, el César Galo y su esposa Constancia, se habían hecho odiosísimos en Antioquía con su despotismo, rapacidad y crueldad feroz. Su conducta, propia de un Caracalla, excitaba la indignación, aun comparada con el gobierno sombrío y sanguinario del emperador Constancio, el cual recibiendo infinitas quejas de los grandes funcionarios dependientes de Galo, llegó a temer que el César acabase por provocar una sublevación o acaso por rebelarse y proclamarse emperador. Para evitar de una vez todo peligro, Constancio se valió de una de sus astucias diabólicas: hizo salir a Galo de Antioquía para Milan, en cuyo viaje murió Constancia, y luego le mandó trasladarse a la Iliria, y en el camino, pasado Pettau, le hizo prender y conducir a Pola, donde fué decapitado a últimos del año 354, es decir, en la misma ciudad donde murió, por orden de su propio padre, el joven Crispo.

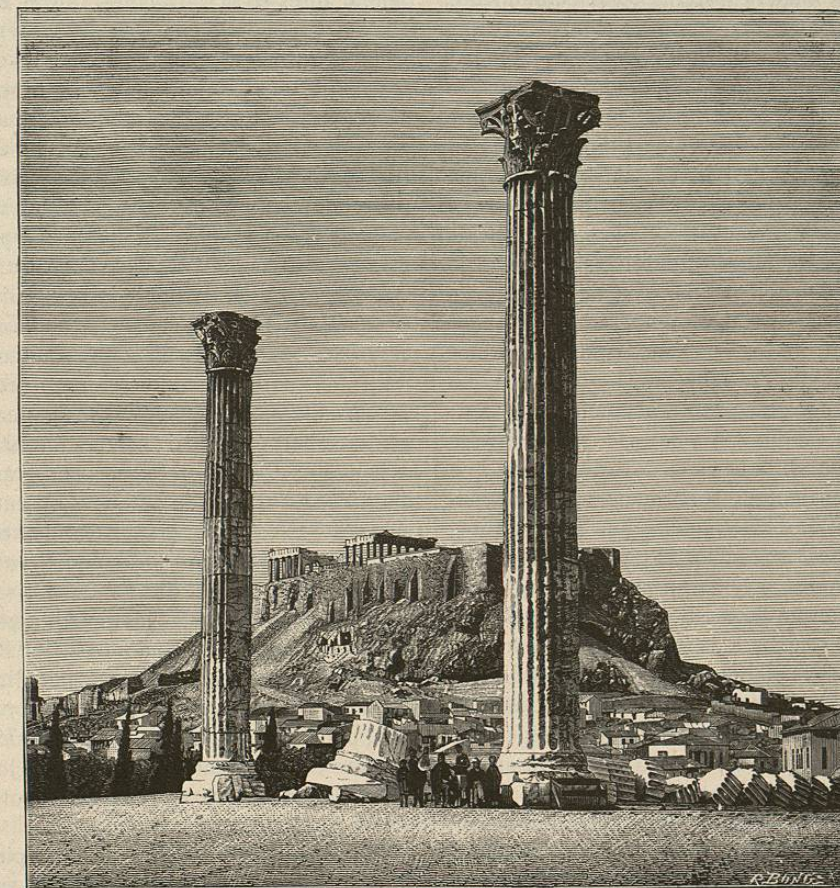
Poco faltó para que sufriera la misma suerte Juliano, con el cual su hermano Galo se había visto a su paso por Como, donde el emperador le había hecho internar. La camarilla insistió con vivo celo cerca del emperador para que le condenara también a muerte, aunque de nada se le podía acusar; pero le valió el influjo de la joven emperatriz Eusebia, hija de una familia distinguida griega de Salónica, con la cual Constancio se había casado en segundas nupcias a fines del año 352 o principios del siguiente, después de la muerte de su primera esposa, hermana de Juliano. Eusebia, la única persona simpática en la siniestra corte imperial, quería bien a Juliano, el cual por su mediación recibió permiso en mayo del año 355 para continuar sus estudios en Atenas. Este destierro era del gusto de Juliano, porque la ciudad de Pericles y de Platon ostentaba entonces todavía preciosidades artísticas acumuladas en el transcurso de largos siglos. Allí cada piedra recordaba una gloria, y allí florecía todavía la antigua civilización pagana, que tenía elocuentísimos representantes en los grandes profesores de sus altas escuelas, las más concurridas entonces de todo el imperio. El entusiasmo que desde la Armenia hasta el extremo occidente inspiraba la antigua ciudad, que había recuperado en parte su esplendor, atraía a su recinto una numerosa, distinguida y brillante juventud, con la cual simpatizaban la población y las autoridades a porfía, tomando gran interés en sus tareas, en las intrigas, rivalidades y ambiciones entre los profesores, en las oposiciones a las cátedras con sus discursos y demás habilidades retóricas y científicas, y en los ascensos de los profesores a elevados puestos administrativos y políticos, que eran el objeto de su ambición. Allí conoció Juliano, entre otros hombres célebres ya o destinados a serlo, algunos que posteriormente brillaron en el episcopado, y otros que fueron grandes defensores del paganismo. A los primeros pertenecían Basilio, de Cesarea, Gregorio Nacianceno, y Preoesio, de Cucuso en Armenia, que nació en el año 276 o el siguiente. Este último era uno de los profesores más célebres de Atenas, y lo mismo podía decirse del celoso defensor del paganismo Himerio de Prusa, en Bitinia, donde nació en el año 315. También se hizo iniciar Juliano en los misterios eleusinos por un sacerdote neo-platónico que fué desde entonces su privado más influyente. Con esto renunció de hecho al cristianismo.

Juliano no permaneció en Atenas sino hasta el mes de octubre del año 355, porque la situación desesperada de la Galia hizo necesario poner a la cabeza de este país una persona de la familia imperial, para demostrar a los habitantes la firme voluntad del emperador de atender seria y enérgicamente a su protección, defensa y demás necesidades. Esta

vez debió Juliano también a la intervención de la emperatriz Eusebia, que probablemente conocía y apreciaba sus eminentes cualidades, que el emperador le llamara, mal de su grado, a Milan. Constancio temía quizá, y más que Constancio su feroz camarilla, que Juliano algún día le pidiese cuenta de la matanza de su familia en 337, así como de la muerte de su hermano Galo, y tomara de ellas venganza. Tal vez contaban el emperador y su camarilla con que Juliano se gastaría o moriría pronto en las luchas que le esperaban en la Galia, cuando Constancio se decidió a llamarle a Milan y con todo el aparato de costumbre lo presentó a las tropas

como César en 6 de noviembre del año 355. Después de esta ceremonia le casó con su hermana Elena y lo envió a la Galia.

Difícilísima era la posición de Juliano en aquel país que estaba encargado de salvar, pues los peligros que amenazaban su existencia habían adquirido proporciones extraordinarias. A su paso por Turin, en 9 de diciembre de 355, supo que Colonia había caído en manos de los bárbaros; la población de toda la Galia estaba exasperada e irritada contra el gobierno por la mala administración y los vejámenes que causaban empleados rapaces; y el ejército, pobremente reforzado por el vacilante y receloso Constancio, era insuficiente



Resto del templo de Júpiter Olímpico, en Atenas, y vista de la Acrópolis

y se hallaba un tanto desmoralizado. Juliano se veía rodeado de espías del emperador, y sabía que en la corte era objeto de la burla de todos, porque le creían un sabio de bufete, ignorante de la rutina oficinesca. Los altos jefes del ejército y de la administración habían recibido instrucciones para auxiliar al nuevo e inexperto César, observar sus actos e impedir que procediera sin guía por sí solo. Por lo demás, ni los oficiales ni la clase de tropa tenían tampoco confianza en el *estudiante griecista*.

En esta situación se reveló súbitamente el genio de aquel hombre extraordinario arrollando todos los obstáculos, y de un solo golpe se transformó Juliano, de hombre de libros y de filósofo elucubrador y místico, en gran capitán y gobernante práctico, enérgico, de amplitud de miras, de gran serenidad en medio de un caos de peligros, abusos y complicaciones, y de grande arrojo y perseverancia en sus resoluciones y empresas. Con estas cualidades dejó en breve asombrado a todo el mundo, romanos y bárbaros, y protegido por la fortuna como gobernante y como general, conquistó desde luego la voluntad entusiasta del pueblo y del ejército.

Estableció su primer cuartel general en Vienne, donde recibió también en el año 356 su nombramiento de cónsul. Hasta el mes de junio del mismo año no pudo ponerse en campaña, y aun entonces lo hizo con fuerzas harto reducidas. El 23 del mismo mes llegó a Autun, cuyos habitantes acababan de rechazar una arremetida de los alamanos; y desde allí, pasando con suma habilidad por entre las numerosas bandas de bárbaros que recorrían el país en todas direcciones, se dirigió a Troyes y luego a Reims, donde se unió con las fuerzas del general Marcelo. Primeramente, y sin perder tiempo, operó con tanto acierto como fortuna contra los alamanos del Alto Rin, que se habían apoderado de todas las poblaciones ribereñas desde Estrasburgo a Maguncia, dejándolas completamente destruidas; después, en las orillas del Medio y Bajo Rin, peleó contra los francos, y coronó esta batalla, que no fué más que un reconocimiento en grande escala, con la conquista de Colonia. Desde allí, pasando por Tréveris, se retiró a Sens, en el interior de Galia, donde estableció sus cuarteles de invierno. Cuando estaba ocupado tranquilamente en sus diferentes tareas de gobierno, con las



fuerzas repartidas en distintas poblaciones de las comarcas próximas, presentóse de improviso una hueste de germanos, probablemente francos, con intencion de entrar la ciudad á saco y dejarla reducida á cenizas, porque la guarnicion era muy escasa; pero Juliano se defendió tan bien, que los bárbaros tuvieron que retirarse al cabo de sesenta dias sin haber logrado su intento. En estas circunstancias Marcelo, por indolencia ó por mala voluntad no acudió al auxilio de Juliano, y este, contando con un buen amigo cerca del emperador, que era el nuevo mayordomo mayor Euterio, obtuvo de Constancio el relevo de aquel general, que fué reemplazado por el excelente militar Severo.

Reforzado ya en gran manera material é intelectualmente, dispuso Juliano para el año 357 una gran campaña contra los germanos, digna del conquistador de la Galia. Con este fin se entendió previamente con el emperador para que el general Barbatio, que mandaba en la Retia, apoyara la empresa con veinticinco mil hombres, que entonces bajo su direccion acababan de arrojar de esta provincia á los yutungos que la habian invadido. Difícil fué la empresa, porque apenas se hubo puesto en marcha, penetró entre las columnas romanas una banda de letos sublevados, que llegaron hasta Lyon, donde fueron derrotados; y luego Barbatio resultó un malvado, que cuando habian empezado ya las operaciones en el Alto Rhin, no hizo mas que crear obstáculos desde su cuartel general de Trestabernas, hoy Zabern, en Alsacia, y al fin se dejó derrotar por los alamanos para retirarse con su ejército, en medio del verano, á sus cuarteles de invierno y pasar desde allí á la corte del emperador, que estaba en Milan. Esto envalentonó sobremanera á los alamanos, los cuales reunieron una hueste de treinta mil hombres á las órdenes de siete jefes, entre ellos el gigante Cnodomaro, el mas poderoso de todos, y tomaron posiciones cerca de Estrasburgo, no dudando que darian buena cuenta del ejército de Juliano, que no llegaba á la mitad de su número. Juliano no se arredró y salió de su campamento fortificado, establecido no lejos de allí, en busca del enemigo. Los bárbaros se adelantaron á su encuentro, formando segun su costumbre una cuña imponente. Como fuerza avanzada situaron en fosos gente armada de arcos, y viendo que Juliano habia reunido toda la caballería en su ala derecha, reunieron ellos la suya enfrente auxiliada por los arqueros ocultos. Pronto se entabló la lucha entre los romanos y la avanzada almana, la cual no pudo detener el empuje de la infantería romana; pero la caballería almana consiguió arrollar á la contraria, que emprendió la huida, hasta que detenida por la energía desesperada de Juliano, volvió á formarse detrás de las legiones. Los alamanos dirigieron entonces sus fuerzas contra la infantería romana y consiguieron en efecto sembrar la confusion en la primera línea; pero los auxiliares bátavos se arrojaron á la pelea y restablecieron la línea de batalla. Los alamanos echaron mano de sus últimas fuerzas (1), y con su empuje se abrieron paso por el centro de la primera línea romana reformada, poniendo en desórden una parte del ala izquierda; pero al chocar con la reserva de Juliano, compuesta de la legion distinguida Primana, se estrelló su embestida contra el valor, el mejor armamento y la superior táctica de los legionarios, la victoria que creían ganada se trocó en confusion y fuga desordenada. En este combate sucumbieron los alamanos en masa, y los que consiguieron arrojar al Rhin se ahogaron en su mayor parte. Cnodomaro fué hecho prisionero y enviado por Juliano al emperador, el cual le trasladó á Roma, donde murió de nostalgia.

(1) Reservas no conocian; eran los siete jefes con su séquito de guerreros, que hasta entonces se habian mantenido á prudente distancia en una colina cerca del Rhin.

Juliano no se durmió sobre sus laureles. Poco despues de su victoria se dirigió á Maguncia, pasó el Rhin, devastó terriblemente el territorio ocupado por los alamanos y obligó á tres jefes de tribu á solicitar una tregua de diez meses. Pasando luego por Julich y Colonia, en continuos pero victoriosos combates con las tribus francas, se trasladó á Reims, y de allí á Paris, donde estableció sus cuarteles de invierno y preparó para el verano siguiente una gran campaña contra los francos. Paris era entonces una ciudad pequeña reducida á la isla del Sena.

En mayo del año 358 marchó el César primeramente contra los francos salios, que se habian establecido desde bastante tiempo antes en la Toxandria, hoy el Brabante septentrional con una parte de la comarca de Amberes. Con sus imponentes fuerzas y estratagemas diplomáticas consiguió su sumision, y al poco tiempo los chamaves, despues de una serie de encuentros felices para las armas romanas, solicitaron tambien la paz. Las consecuencias de esta campaña fueron en extremo fructíferas, porque por un lado volvió á ser el Rhin rio romano, y Juliano se dió prisa en botar al agua en el mismo rio seiscientos buques de guerra; y por otro lado, quedó restablecida la comunicacion con la Inglaterra, donde el Norte de la Galia, despoblado por las invasiones de los bárbaros, se abastecia de cereales, que hasta entonces se habian tenido que sacar de la distante Aquitania.

Esta misma campaña ofreció tambien á Juliano la ocasion de tomar permanentemente á su servicio al terrible Carieto, con quien hacia ya uno ó dos años que estaba en comunicacion. La banda de Carieto, reforzada con gran número de francos salios, constituyó desde entonces un cuerpo auxiliar regular que prestó excelentes servicios como columna volante, ya en los reconocimientos, ya formando la vanguardia en la lucha que despues de sometidos los francos sostuvo Juliano contra los sajones, en particular los caucos, que fundiéndose con los chamaves habian avanzado hasta el Rhin inferior. A fines del verano del mismo año, se dirigió Juliano con sus fuerzas y el cuerpo de Carieto á Maguncia, y volviendo á pasar el Rhin, penetró á sangre y fuego quince leguas dentro del territorio de los alamanos, hasta el de los borgoñones (entre los rios Kocher y Jagst), obligando á otras dos tribus á solicitar la paz con Roma.

Habiendo invadido otra vez los pictos y los escotos el territorio romano en Inglaterra, pudo enviar Juliano á principios del año 360 refuerzos contra ellos.

Razon tenian los habitantes de la Galia y de las provincias anexas para felicitarse del gobierno de Juliano; porque el ejército se volvió á encontrar en estado brillante, teniendo confianza en sí mismo y en su jefe y ostentando nuevos laureles; las fronteras estaban respetadas, 20,000 prisioneros que los bárbaros se habian llevado esclavos, habian recobrado su libertad y vuelto á sus hogares, y sobre todo, se habia reformado completamente la administracion interior. Juliano conocia y tomaba por lo serio sus deberes de gobernante; laborioso sin rival, noble y justiciero sin ferocidad, benigno hasta donde lo permitia la prudencia, cosa casi nunca vista hasta entonces en los gobernadores, con su actividad, inteligencia, tacto y energía en materia administrativa y económica pudo aliviar grandemente el horrible peso de los impuestos que gravitaban sobre los infortunados habitantes de la Galia, reducidos quizás entonces ya á solo ocho millones de almas. La Galia estaba arruinada por las contribuciones excesivas y demás quebrantos sufridos bajo los gobiernos de Constante, de Magnencio y de Constancio y su rapaz camarilla, exhausta por las calamidades que habian llevado consigo las invasiones de las tribus germánicas, y Juliano con sus disposiciones acertadas, hijas de su preclaro talento, pudo rebajar la con-

tribucion territorial á menos de la tercera parte, ó sea al veintiocho por ciento. Esta época, la mas feliz en la vida de aquel grande hombre, fué por desgracia de corta duracion, porque pronto le llamó su destino á otra parte.

Entre tanto en el resto del imperio, especialmente en las provincias centrales y orientales, el fatal sistema de Constancio habia sembrado el descontento y creado una peligrosa discordia en materia de religion. Constancio hizo lo que erróneamente muchos suelen atribuir á su padre, á saber, declarar la religion cristiana religion de Estado, pues no otra cosa significaba la ley que publicó en el año 353, poco despues de la muerte de Magnencio, ordenando la clausura de los templos paganos y prohibiendo la celebracion de los sacrificios bajo la pena de muerte y de confiscacion de bienes. No fué posible la aplicacion general ni radical de esta ley, y las persecuciones y ejecuciones capitales se limitaron por lo pronto á los que consultaban los oráculos sobre quién seria el sucesor del emperador, costumbre desde antiguo muy en boga, y á los que se ocupaban en cosas de magia y practicaban otras supersticiones prohibidas por los edictos publicados en los años 357 y 358. La administracion contaba todavia en aquel tiempo con un número demasiado grande de funcionarios paganos, imposible de reemplazar con cristianos, y eran tambien demasiado extensas la corrupcion y las relaciones personales de los representantes de la autoridad para que se ejecutasen tales órdenes en todas partes á la letra. Donde se procedió con mas rigor y odio fué en las provincias orientales; allí no solo se cerraron los templos, sino que fueron regalados á favoritos ó transformados en iglesias cristianas; algunos llegaron á servir de casas de prostitucion, y otros, finalmente, fueron destruidos por obispos fanáticos y sus adeptos en medio de escenas repugnantes. Un terrible y brutal ultraje infligió Constancio al Senado de Roma haciendo quitar de su sala de sesiones, en el año 357, la antiqüísima y veneranda estatua y altar de la Victoria. Verdad es que los antiguos cultos habian perdido ya, en la mayor parte del imperio, cuando menos su antiguo lustre.

Mas terribles que el rencor y furor sordo de la mayoría pagana del imperio fueron el descontento y el ensañamiento de los partidos que se hacian una guerra sin cuartel en el seno de la iglesia cristiana y en la misma capital de Constantinopla. Esta lucha exasperó todavia mas á Constancio, que tuvo la pretension, para él imposible, de restablecer la unidad de la Iglesia, tan pronto como la muerte de Magnencio le dejó en libertad de tratar de este asunto. Lo que logró por lo menos con su ingerencia en los asuntos eclesiásticos fué la caída del obispo Atanasio, de Alejandria, su tenaz y odiado contrario, porque los obispos reunidos en el año 355 en concilio, dirigido por los prelados arrianos de la corte imperial Valente y Ursacio, cedieron con pocas excepciones á la presion brutal del emperador, y firmaron la destitucion y condena de Atanasio. Este, expulsado de Alejandria, en medio de horribles excesos de arrianos y homusianos, buscó y encontró un asilo en las soledades de la Tebaida.

Pero lo que el emperador no pudo conseguir fué la combinacion y aceptacion general de una fórmula ó símbolo que acabara con el cisma, reemplazando el *homusio* de Nicea. Los cristianos del Occidente y los de la Grecia antigua no quisieron renunciar al símbolo de Nicea; en las provincias ilíricas, en cambio, estaban las fuerzas de unos y otros equilibradas, pero en las orientales estaban en mayoría los arrianos, que á su vez se dividian en diferentes partidos, á saber: los arrianos intransigentes, que en oposicion á los *homusianos* se llamaban *heterusianos* (partidarios de la esencia distinta) ó *anomeos*, porque para ellos Dios Hijo no era semejante á Dios Padre; y los semi-arrianos ó *homeusianos*,

en mayor número que los arrianos intransigentes, y que se distinguian de estos por su fórmula *homeusia*, que se contentaba con la semejanza de esencia. Además cada uno de estos grupos principales se ramificaba en varios otros.

Constancio era partidario de la fórmula homeusia, sobre la cual pretendió formar la unidad de la Iglesia. A este fin se reunieron por su órden gran número de sínodos generales y provinciales, en medio de una agitacion exacerbada por el choque de las acusaciones mútuas mas brutales y vergonzosas; acusaciones que eran motivo de no poca satisfaccion y burla de parte de los paganos, los cuales decian que el emperador arruinaba la institucion de las postas imperiales con tantos obispos que, para tomar parte en los sínodos, viajaban gratis con su séquito.

Por fin, despues de largas luchas teológicas, propusieron los jefes arrianos al emperador que se sustituyera á todas las fórmulas y contrafórmulas, objeto de disputas eternas, la explicacion que da la Biblia respecto de la relacion entre Dios Padre y Dios Hijo: «El Hijo es en todo la imagen exacta del Padre (*Homoeos*)», es decir, que le es semejante, conforme dice la Biblia. Para hacer aceptar esta nueva fórmula convocó el emperador en el año 359 dos grandes concilios: uno compuesto de cuatrocientos obispos del Occidente, incluso los del Africa, que se reunió en Rímimi en el mes de julio, presidido por Tauro, prefecto de Italia, y otro compuesto de doscientos obispos de Oriente, que abrió sus sesiones en el mes de noviembre en Seleucia de Isauria. Los debates del concilio de Rímimi fueron dirigidos por los dos obispos arrianos de la corte imperial Valente y Ursacio; pero la mayoría, á pesar de ser arriano el obispo de Milan, no quiso renunciar al símbolo de Nicea y hasta excomulgó al obispo Valente. Sin embargo, los individuos de la comision elegida por el sínodo para comunicar al emperador la resolucion de la mayoría, se dejaron convencer, despues de largas y árduas entrevistas, y firmaron un símbolo nuevo, patrocinado por el emperador y redactado con arreglo á la fórmula *homeos*. Este símbolo fué despues aprobado en el sínodo de Rímimi á fuerza de persuasion, de cansancio, de presion benévola y en ciertos casos de amenazas muy inteligibles. Una cosa análoga pasó en el sínodo de Seleucia, compuesto en su gran mayoría de homeusianos y presidido por Leonas, el ministro secretario del emperador. Los homeusianos, que pronto se quedaron solos, porque las minorías de los homusianos y anomeos abandonaron la asamblea, estaban decididos á no apartarse de su fórmula homeusia; pero la comision que enviaron á la corte se dejó convencer mas pronto que la del sínodo de Rímimi y todos sus miembros suscribieron en nombre del sínodo de Seleucia el nuevo «símbolo *homeos* de Rímimi.»

Fuerte ya el emperador con las resoluciones de los dos concilios, mandó firmar el nuevo símbolo por cada obispo en el vasto imperio, y los que se negaron á hacerlo fueron destituidos y reemplazados por arrianos intransigentes; pero cuando Constancio creía haber alcanzado al fin su anhelada unidad religiosa, cuando todos los ánimos estaban conmovidísimos por estas cuestiones de símbolo, y cuando el emperador estaba ocupado en el extremo oriental en la guerra con Persia, se recibió la noticia de la rebelion y proclamacion de su primo el César Juliano.

Desde la instalacion de Juliano en la Galia, Constancio habia tenido que defender otras partes del imperio. Estuvo algun tiempo en Roma, á donde llegó el 28 de abril de 357, y las bellezas monumentales de la capital antigua impresionaron y llenaron de admiracion aun á su alma glacial y sombría. En los últimos meses de aquel mismo año tuvo que salir de Roma para establecer su cuartel general en Sirmio